

Mercosur en la crisis Internacional

Ismael Bermúdez*

En un panel sobre el mercado bursátil de EE.UU. realizado en la cumbre de Davos en febrero de 1999, al que asistieron apenas 40 inversores, se solicitó que levantaran la mano los que pensaban que las acciones de Wall Street no estaban sobrevaluadas: 39 permanecieron quietos, y sólo uno levantó la mano. La consulta le sirvió al principal expositor de ese panel, el economista jefe del Deutsche Bank, Ed. Yar, para ratificar el diagnóstico de que en Wall Street estaba en curso “la peor burbuja especulativa de la historia”.

La anécdota ilustra que la crisis brasileña es tan sólo un eslabón de una crisis de carácter internacional. Es imposible darle una explicación meramente local a una crisis que estalló en las más diversas regiones del planeta y que de Tailandia a Brasil hizo escala en Corea, Singapur, Malasia, Indonesia, Japón, Rusia, Hong Kong, afectando a fondos estadounidenses, como el Long Term Capital Management, que tuvo que ser rescatado por medio de una intervención excepcional de la Reserva Federal norteamericana. Todo esto, además, en un proceso que ya lleva dos años.

Cuando en octubre de 1998 Alan Greenspan dispuso una baja en la tasa de interés, el argentino Adolfo Sturzenegger sostuvo “ha pasado lo peor”, porque en los últimos 40 días los países desarrollados habrían comprendido que si la crisis se latinoamericanizaba el contagio se trasladaría a los países centrales. El economista cavallista fue más lejos aún y dijo que “Brasil no necesita acelerar su ritmo devaluatorio actual porque la devaluación del dólar y cierta recuperación de los precios internacionales de los commodities representaban una devaluación en términos reales superior al 10% anual” (Clarín, 28/10/98).

El pronóstico del “gurú” cavallista se hizo añicos en apenas dos meses, pero lo más importante es que dos meses antes de la devaluación del real la opinión de Sturzenegger era casi dominante en los círculos académicos del “establishment” mundial. Ello vuelve a demostrar que existe una profunda incomprensión de la realidad financiera y económica del capitalismo mundial.

El colosal endeudamiento de Brasil -una deuda pública externa de 230.000 millones de dólares, una deuda interna de 253.000 millones y una deuda privada de 160.000 millones- no es distinto al que contrajeron todos los países antes mencionados, que cayeron en la cesación de pagos. Tampoco la Argentina es ajena a ese fenómeno, con una deuda pública y privada que bordea los 150.000 millones de dólares, más del doble de la que existía al comienzo de la convertibilidad (1991), con sus cuentas externas “en rojo” y un elevado déficit fiscal - 6.000 millones anuales si se incluyen las cifras provinciales), financiados con nuevos endeudamientos.

La deuda pública de Japón es de casi 5 billones de dólares (15 veces el PBI de la Argentina), un 15% más que su PBI, y su déficit fiscal equivale al 10% del PBI, superior al de Brasil en vísperas de la devaluación del real.

Mientras tanto, en Japón “crece la acumulación de stocks, hay más capacidad ociosa, caen las ganancias corporativas esperadas para 1999 y las órdenes de compras de máquinas, disminuye la confianza en el futuro, se deteriora la situación financiera, se contrae el crédito (especialmente para las PyME), decrecen los gastos en capital, falta un sector que lidere la recuperación, aumenta el desempleo involuntario, el consumo cae por lo incierto que se presenta el futuro, la demanda está estancada para casi todo tipo de bienes, el consumo personal

también está estancado, hay un bajo nivel de exportaciones a Asia y un amesetamiento en las exportaciones a economías como la norteamericana y la europea” (Novedades, Fundación Mediterránea, diciembre de 1998).

La deuda pública estadounidense es de 4 billones de dólares, con un déficit externo de 300.000 millones de dólares anuales.

También Inglaterra, que durante 1997 y 1998 subió la tasa de interés para defender el valor de la libra, está en recesión y con una moneda sobrevaluada.

Las perspectivas internacionales son claramente recesivas y deflacionarias, lo que significa que se cierran las posibilidades para que estas naciones llamadas “emergentes” puedan encontrar en el comercio exterior una salida a sus “impasses”. Los precios de los principales “commodities” agropecuarios e industriales siguen cayendo por la menor demanda mundial, y porque todos los países presionan con sus exportaciones. La prolongación de la crisis está potenciada por esta realidad.

La llamada crisis de la globalización es una expresión de la enorme sobreacumulación de capitales que no encuentra una salida en la producción. Las principales ramas de la economía mundial -automotriz, siderurgia, informática, petroquímica, petróleo- tienen capacidades de producción excedentes, y se desarrolla una intensa pugna de sobrevivencia de los grandes conglomerados industriales.

Esto explica por otra parte la ola de compras y fusiones entre los grandes colosos de la industria, y también las exigencias para que los distintos países abran los capitales de las empresas y sus sistemas financieros al capital internacional.

En febrero de 1998, en una nota para la revista de FIDE (Fundación de Investigaciones para el Desarrollo), planteé que “la crisis (asiática) sobrevino justamente por la existencia de una sobreacumulación de capitales, de sobreinversiones, de sobrevalorización de los activos en relación con las posibilidades reales de absorción de los mercados cuya contrapartida eran fuertes déficits en sus cuentas corrientes. Los países asiáticos se encontraron en la encrucijada de que ya no podían colocar sus producciones en los mercados internacionales y comenzaron así por la vía de las devaluaciones competitivas, desatando una ola devaluatoria que aún no ha concluido”.

La nota agregaba que “Argentina y Brasil no tienen los ‘buenos’ indicadores del sudeste asiático precrisis, y ahora deben soportar los efectos de una crisis que está tomando carácter global. De ahí que se pueda pronosticar una ‘caída’ de Brasil y Argentina bajo la forma de una rápida desaceleración económica que podría dar lugar a una recesión, precedida o seguida de una devaluación”.

No obstante, la mayoría de los analistas sostiene que la persistente suba de la Bolsa norteamericana desmentiría que el capitalismo esté atravesando por una etapa de crisis, porque la “locomotora mundial” sigue pujante.

Sin embargo, el ascenso de Wall Street mientras bajan las plazas bursátiles en gran parte del resto del planeta, la economía mundial está en franca desaceleración y cae la tasa de ganancia de los principales empresas, es un síntoma de que los fondos buscan “refugio” en EE.UU. porque no existen plazas seguras. Esto mismo amplía la especulación en EE.UU. y provoca una mayor sobrevalorización de los activos, como la que tuvo lugar en todos los países que luego entraron en crisis. Este es el fundamento del vaticinio del economista del Deutsche Bank.

Por todo esto es un error atribuir la crisis actual a una “ideología” o política económica en particular: estamos frente a una “crisis sistémica”.

Brasil

La mayoría de los análisis señalan que Brasil se vio obligado a devaluar su moneda por una crisis en su balanza de pagos, por el déficit fiscal o por el volumen de su deuda. En verdad fue por todo eso, y porque las

contradicciones e inviabilidad del Plan Real se inscriben dentro de una crisis que es ella misma global, y comprende a los principales centros financieros del mundo.

En consecuencia, quienes limitan la crisis brasileña a un fenómeno local consideran que licuada parte de la deuda, corrigiendo la balanza comercial por la “devaluación competitiva” y un severo ajuste fiscal, a mediados de 1999 Brasil estará en plena senda de crecimiento, como lo sostiene el acuerdo con el FMI firmado en los primeros días de febrero.

Ante todo, la aplicación del plan acordado con el FMI supone un nivel de recesión “a la indonesia” (en 1998 el PBI de Indonesia cayó el 15%). Por ejemplo, el Citibank estima que la recesión será del 6%. Desde mediados de 1998 Brasil está en recesión, y ahora deberá seguir subiendo la tasa de interés para que el dólar y la inflación no se sigan disparando, lo que realimenta la deuda interna y amenaza con mandar a la quiebra a buena parte de su industria, sobreendeudada en moneda extranjera.

Si el nuevo plan del FMI entra en crisis -y las posibilidades de que ello ocurra son muy amplias- podría desatarse un proceso hiperinflacionario como el que conoció la Argentina en 1989/90, y/o una cesación de pagos formal como la de Rusia en 1998.

El planteo de los exportadores paulistas de que una devaluación controlada del orden del 15% le permitiría salir de la recesión se ha revelado como una ilusión, porque en el actual contexto internacional las devaluaciones no son controlables. Es un error creer que en Brasil “triunfó” la burguesía exportadora con eje en Sao Paulo-Rio-Minas Gerais, como opinan algunos autores. Hoy la industria brasileña tiene sus activos desvalorizados, sus deudas potenciadas, el mercado interno desquiciado, y un costo financiero impagable, mientras que las posibilidades de exportación están limitadas por el nivel altísimo de las tasas de interés, la contracción del comercio mundial, y las medidas “proteccionistas” que adoptan la mayoría de los países. La burguesía brasileña está en “cesación de pagos” y deberá entregar sus preciosas joyas, como Petrobras y varios bancos estatales.

Estamos recién en la fase inicial de la crisis brasileña, cuyo ritmo va a estar dictado además por la evolución de la crisis internacional, ya que aumenta la presión para que EE.UU. incremente la tasa de interés, sigue la presión devaluatoria sobre China y Hong Kong, no se puede descartar la cesación de pagos de otro “mercado emergente”, y peor aún, una caída de Wall Street. Por ejemplo, a comienzos de febrero, la revista Business Week señaló que “por mucho que los líderes chinos prefieran mantenerse firmes, pueden verse obligados a devaluar próximamente, incluso en la segunda mitad de 1999”.

La crisis brasileña acentúa la recesión argentina. La expansión comercial de la Argentina de los últimos años se debió en gran parte a Brasil, que no sólo absorbía un tercio de las exportaciones, sino que era el único país de peso con el que la Argentina exhibía superávit comercial.

Ahora, por la devaluación del real y la recesión brasileña, deberá producirse un bajón del comercio argentino, tanto de sus exportaciones como de sus importaciones, lo que acentuará la recesión argentina. Las más perjudicadas serán las economías regionales.

Todo esto tendrá su impacto directo sobre las cuentas fiscales porque caerá la recaudación, y además por los subsidios que el Gobierno deberá aplicar a los distintos sectores en crisis. No hay ninguna posibilidad de que el Gobierno brasileño obtenga un superávit fiscal primario del 3 al 3,5% del PBI, como señala el acuerdo con el FMI.

El planteo del gobierno argentino de “dolarizar” la economía tiene en cuenta este escenario: significa que el Gobierno admite que la convertibilidad lleva implícita un riesgo cambiario, lo que se traduce en el pago de una sobretasa de interés. Sin embargo, la dolarización no resuelve ese problema, porque la sobretasa financiera que paga la Argentina se debe a los desequilibrios de sus cuentas externas y fiscales y su baja competitividad, que no se resuelven con la dolarización. Peor aún, una dolarización podría acentuar la crisis argentina desde el momento en que “eterniza” los actuales precios relativos, salvo que la “dolarización” sobrevenga luego de una devaluación.

MERCOSUR

El Mercosur está “en cuarentena”. La devaluación del real modificó la estructura de costos en el Mercosur, alterando por completo la localización y división del trabajo entre las industrias, ramas y empresas de sus países socios. También deprimió la escala de producción en ambos países, lo que implica un sobre costo por la capacidad ociosa del capital inmovilizado.

Así, por ejemplo, mientras la industria automotriz del Mercosur se preparó para producir 4 millones de autos, en 1999 el mercado regional apenas podrá absorber la mitad, y plantas recién inauguradas están con su personal suspendido. Algunas no pudieron entrar en funcionamiento. Otro dato es correspondiente al comercio bilateral. En el último trimestre de 1998, antes de la devaluación del real, el intercambio entre los dos países se deprimió un 17% por la combinación de la recesión brasileña con la argentina.

Todo esto exacerba las rivalidades comerciales, pudiendo determinar el desplazamiento de empresas de un país al otro, e incluso el retiro de inversiones del Mercosur. Por ejemplo, en los primeros días de febrero, el Credit Agricole Indosuez, banco de inversión del banco francés Credit Agricole, decidió cerrar sus operaciones en Brasil, mientras que “Petrobras deberá reducir sus inversiones en la Argentina” (Gazeta Mercantil Latinoamericana, 1/2/99).

En enero, en medio de la devaluación, el bloque estuvo a punto de la ruptura por los reclamos generalizados de los industriales argentinos de que el gobierno impusiera aranceles y derechos compensatorios por la devaluación brasileña, y por los planteos del Gobierno argentino de que Brasil aplicara un Plan Bonex o la convertibilidad, lo que provocó un principio de “corrida bancaria”.

También por la decisión de la Argentina de avanzar con un Tratado de Asociación Monetaria con EE.UU., con el reemplazo del peso por el dólar, porque ese acuerdo significaría la “clausura” del Mercosur por una integración directa con EE.UU. Y lo mismo sucedería en el caso de una dolarización de ambos países, porque pasarían a integrar un mercado continental, con eje en EE.UU.

Cuando se produjo la debacle asiática, el ex-Secretario de Comercio de EE.UU., Mickey Kantor, planteó que la crisis internacional era la oportunidad para que Japón y los países asiáticos abrieran sus economías “a las instituciones financieras extranjeras”. Justamente, los paquetes de ayuda lanzados por el FMI fueron condicionados a esta estrategia de absorción de la banca y de los sectores económicos fundamentales de Asia y Japón por parte de los capitales norteamericanos.

Sin embargo, la decisión de Europa de avanzar con una Unión Monetaria y la resistencia asiática ampliaron el cuadro de la crisis, más aún en momentos en que se insinúa una tendencia a la devaluación del dólar.

Esta misma cuestión se plantea en el Mercosur. En el caso de Brasil, la crisis económica tiene como telón de fondo una aguda pugna en torno a las privatizaciones y al sistema bancario.

Se pueden resumir las divergencias en dos temas:

- privatizaciones: aunque la devaluación depreció el patrimonio de las empresas, los inversores extranjeros juzgan que éstas tienen aún un valor demasiado alto. “Mucha gente en los EE.UU. tiene interés en que se profundice la crisis en Brasil para poder comprar activos más baratos” (diario O Estado de Sao Paulo, 7/2/99). Objetan también que la banca oficial, el Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES), financie a los consorcios brasileños que compiten en esas privatizaciones. No es casual que el acuerdo con el FMI plantee el compromiso del gobierno brasileño de “intensificar y ampliar el esfuerzo de privatización y de desinversión público, incluyendo los sectores energético y financiero”.
- apertura de los bancos: tanto la banca norteamericana como la europea quieren libre entrada en el sistema financiero, para adquirir no sólo bancos estatales sino también los privados.

Por de pronto, la devaluación desvalorizó los activos de las empresas brasileñas y las colocó en situación de mayor endeblez financiera. Por ejemplo, la Companhia Siderúrgica Nacional (CSN), la mayor planta de aceros planos, atraviesa “una situación financiera delicada debido a su elevado endeudamiento en dólares”, razón por la cual “congeló” todas sus inversiones. El mismo fenómeno se observa en la mayoría de las empresas del vecino país, incluyendo al coloso Petrobras.

Otro caso es el de los bancos brasileños que fueron degradados por la calificadoras internacionales de riesgo.

Además, en forma más amplia, existe en torno al Mercosur un interés muy fuerte por parte de los capitales norteamericanos y europeos, que desconfían ambos de la apertura de las negociaciones por el ALCA (Area de Libre Comercio de las Américas) y de la conformación de una zona de libre de comercio Unión Europea-Mercosur.

La “dolarización” implicaría aceptar el eje del ALCA, lo que deberá chocar con los intereses europeos, más aún ahora que el viejo continente puso en marcha la moneda común. Se puede esperar una fuerte presión y reacción europea, especialmente cuando los países del Mercosur necesitan del comercio con Europa para compensar la retracción que se observa en buena parte del resto del mundo.

Convergencia

La mayoría de los analistas y economistas argentinos plantean que esta crisis del Mercosur se debe a que el bloque no avanzó en la convergencia y coordinación de sus políticas macroeconómicas. Si se lo analiza con cuidado, podrá verse que entre 1994 y 1998 se dio el período de mayor convergencia de políticas en el Mercosur, a tal punto que se llegó a plantear que se marchaba en dirección a una moneda común.

El Plan Real ancló el tipo de cambio, desplegó una amplia apertura comercial, atrajo masivamente al capital extranjero, le dio un gran impulso a las privatizaciones y flexibilizó el mercado laboral, en la misma línea que la convertibilidad argentina. Esta convergencia explica que la “época dorada” del Mercosur, con un vasto proceso de inversiones y de desarrollo del comercio bilateral, haya sido durante esos cuatro años, que sin embargo concluyeron en la devaluación del real.

No fue entonces la falta de convergencia macroeconómica sino esa confluencia de políticas económicas, la que explica la crisis del Mercosur. La contrapartida de ambos planes económicos convergentes consistió en mayor endeudamiento, desequilibrio externo, y déficits fiscales crónicos, con un colosal agravamiento del cuadro social debido al mayor desempleo y la precarización laboral.

Ahora, debido a la crisis, las políticas económicas de los dos principales socios son divergentes: mientras que Brasil abandonó el ancla cambiaria, la Argentina sigue aferrada al dólar. Además, por la contracción del comercio regional, consecuencia de la recesión de ambas economías, tanto Argentina como Brasil saldrán a buscar nuevos mercados, en algunos casos compitiendo entre sí. Si esto se suma a las propias rivalidades dentro del bloque por la presión exportadora brasileña y las medidas proteccionistas que podría adoptar la Argentina, tenemos por delante un Mercosur tironeado por todas las puntas.

El problema mayor es cómo vuelven los cuatro países socios del Mercosur a converger en sus políticas. Los interrogantes serían:

- ¿Paraguay, Uruguay y Argentina devalúan sus monedas para restablecer los precios relativos dentro del bloque y con todas las monedas devaluadas el Mercosur se convierte en una plataforma para exportar al resto del mundo?
- ¿Se desvanece el Mercosur a través de trabas comerciales que vayan imponiendo los distintos países para detener la mayor “competitividad” brasileña?

· ¿EE.UU. le ofrece a la Argentina una asociación especial, como punta de lanza para imponer el ALCA a nivel continental?

Se abre un período de conflictos cuya intensidad estará dictada por la evolución de la crisis internacional. Una vez más, la tentativa de integración de América del Sur se desmorona bajo el peso de la crisis internacional, la presión de los centros financieros y la propia incapacidad de los liderazgos nativos para establecer una política común que privilegie el desarrollo económico y social armónico de la región.

Nota

* Periodista. Licenciado en Economía. Estudios especializados en Francia y Brasil. Desde 1984 se desempeña en el diario Clarín en el Suplemento Económico y en la sección Economía. Fue docente en la UBA. Obtuvo el primer premio en el Concurso Internacional para Periodistas Profesionales organizado por la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA por los trabajos publicados durante 1995 sobre el Mercosur. En 1997, obtuvo el Diploma al Mérito en la disciplina Análisis Económico otorgado por la Fundación Konex. Escribe regularmente en revistas especializadas.